

A propósito de Bolívar

= Palabras dichas por el Lic. Manuel Sáenz Cordero, en la fiesta celebrada por el Gimnasio Moderno en homenaje al Libertador, en ocasión del centenario de su muerte.—Envío del autor.=

Las inteligencias de América, por el origen o la residencia, ya sean del Norte o del Sur, y cualesquiera que sean sus capacidades intelectuales, debieran dedicar unas horas todos los días a conocer a fondo la biografía del padre de la Independencia Americana, y a meditar en la vida ejemplar de aquella gloriosa y extraordinaria existencia, que el 17 de diciembre de este año cumplió el primer centenario de haber pasado a la inmortalidad.

El nombre de Bolívar no sólo llena uno de los capítulos más interesantes de la historia de América, sino que en las altas cumbres, donde reposan *los genios humanos*, difícilmente hay otro que lo supere, habida cuenta del escenario y las circunstancias en que se movió.

Por suerte para todos, la oportunidad para esa meditación se hace hoy posible, y en todo caso se facilita mucho, gracias a la paciente obra de sus biógrafos que viven la cotidiana tarea, difícil e inconclusa aún, de acumular los documentos para su historia, de reunir sus hechos, de explicar sus móviles y pensamientos, de compilar sus escritos; en una palabra, de perfilar su fisonomía, de modelarla y enseñarla en toda su extraordinaria grandeza; y gracias también a la crítica de la historia que con sus prodigiosas síntesis, auna los acontecimientos a los hombres y explica así las causas internas o externas de sus grandes determinaciones, de sus hechos heroicos, de sus errores y, acaso, de sus milagros. La figura épica de Bolívar, execrada un día, se crece todos a la par del continente que fué escenario y objetivo de sus heroicas hazañas, y otro día ha de llegar en que la devoción *uniforme* de los americanos y de muchos que no lo son, la enaltezca hasta los dominios de la divinidad, donde hay un pedestal desocupado para su prodigiosa figura.

Porque con Bolívar nada ni nadie que sea humano soporta ventajosamente la comparación; o, para decirlo con más propiedad, si defectos tuvo, fueron defectos inherentes a su raza y a su tiempo, de los cuales es un exuberante exponente. Todo en él tiene los perfiles de lo sobresaliente, de lo extraordinario, de lo providencial.

Pasemos por alto los detalles del nacimiento y de la infancia del Libertador: sábese que era hijo de una familia distinguida y acaudalada de Caracas; que muy joven perdió a sus padres y quedó

bajo la tutela de unos tíos suyos inteligentes y extremosos. A los 16 años fué enviado a España donde conoció a María Teresa Toro, con quien contrajo matrimonio poco después (1802), y regresó a Caracas. A los 10 meses de matrimonio quedó viudo, y ésta fué indudablemente la causa que determinó su segundo viaje a España y, acaso, su gira por el resto de Europa, donde conoció a Napoleón y a Humbolt. Éste le ponderó la grandeza y riqueza del continente que iba a ser teatro de sus grandes hazañas. Asistió a la coronación de

Bonaparte (1804), quien más tarde fué su aliado contra España; lo conoció, pero no lo envidió, puesto que más tarde desprecia la corona de Emperador que se le ofrece, permaneciendo fiel a sus ideales republicanos. "La miré, dice él mismo, como una cosa despreciable y de moda gótica". Conoció al futuro rey de España, Fernando VII, a quien debía más tarde arrebatar sus colonias de América. Visitó Alemania, Italia y Austria. Todos conocemos su juramento del Monte Sacro (1805), que si no estuviera confirmado por el estilo y la elocuencia de sus proclamas y su Delirio en el Chimborazo, bien podría dudarse de su exacta paternidad. Es lo cierto que en 1806, a la edad de 23 años, regresó a Caracas a cumplir la promesa hecha ante las ruinas de Trajano.

* * *

Lancemos una mirada retrospectiva:

La aurora del 1º de enero de 1800, sorprendió a Bolívar en España cuando sólo tenía 17 años. Napoleón tenía ya 31, y Washington había muerto (1799). Fernando VII tenía 16, San Martín 22, Páez 10, Sucre 5, Miranda 48, Morillo 23, Belgrano 30, O'Higgins 24, Flores no había nacido (1801-1864). Don Andrés Bello, su maestro, era 2 años mayor que él, y don Simón Rodríguez, su bondadoso preceptor, era también relativamente joven. Finalmente, Santander, que más tarde fué Presidente de Colombia, sólo tenía 8 años. Citamos estos pocos nombres entre muchos notables, contemporáneos suyos, por la intervención que tuvieron en su vida, y porque es lo cierto que a todas esas gentes, célebres por una u otra razón, las conoció personalmente y las que no fueron sus aliados, fueron sus enemigos.

Durante los primeros 25 años del siglo pasado, es decir, de 1800 a 1825, la guerra ardió en todas partes. Fué primero en Europa como consecuencia de la Revolución Francesa que culminó con la exaltación al poder de Napoleón, guerras éstas que abarcaron el triángulo Moscou, Madrid, Egipto; después fué en América en el triángulo México, Argentina, Chile. Se peleaba, sin embargo, en cada triángulo por distintos motivos: era la época de las independencias en América, de los planes federativos en Europa. Napoleón luchaba por éstos, Bolívar por aquellas. Así, mientras Bonaparte perseguía en Europa la corona

Juan, el hombre

= Envío del autor =

En el bronce de Juan, el humilde soldado de la pequeña patria, los jóvenes costarricenses tienen un símbolo iluminador de su propio destino. La hazaña militar, admirable en sí misma, pudo ser pasajera. Mas, el gesto varonil es eterno. Será eterno mientras en el alma diáfana del joven patriota se reflejen lealmente los destellos de la antorcha de Juan, el soldado.

La antorcha, encendida y en alto, fue en su hora la condenación de todos los peligros que prosperan por la debilidad y flaqueza de los pueblos. Pero también esta estrella roja de la llanura, es un perpetuo llamamiento a la voluntad del hombre costarricense, a su determinación y a la victoria. En todas nuestras vidas, hay estos momentos definitivos que definen nuestro destino. La antorcha de Juan es la aurora de las almas... Su sacrificio, su impulso heroico, su gloria, no habrían podido ser nunca una leyenda. Son una verdad. La verdad del héroe, surgiendo de las profundidades luminosas del ser humilde; la verdad del hombre, cuando sordo a sus egoísmos, se dignifica en el respeto de su propio sentido; la verdad de un pueblo, pequeño, sencillo y modesto, pero a quien sirve para vivir en la libertad y en la paz activa, el culto de una tempestad de fuego purificador.

La hoguera está encendida y viva, como en los viejos cultos del fuego, para templar el alma de las juventudes patricias, para recordar los triunfos conquistados y para orientar el espíritu público. La guerra en que Juan se hizo grande, no la olvidaremos. Ella será cada vez más el poema de nuestra historia casi infantil. Allí está el baluarte agreste, asaltado en un resplandeciente delirio de pasión por los orgullos de la tierra nativa; allí está la llanura sembrada de las huellas de la legión ansiosa; allí está el cielo propicio como una corona de esperanzas incitadoras; allí está la herida como una flor mágica y el grito del soldado, como el canto solemne de la victoria. No olvidaremos la guerra. Pero Juan, no es sólo la guerra; es nuestra vida: levantarse del surco y vigilar el horizonte; poner al hijo risueño en los brazos de la madre y coger el escudo; transformar la paz santa del campo en ira noble; contar con la complicidad del mar para estar pronto en el campo de los sacrificios y con la complicidad del firmamento, para obtener un triunfo; ser infantil en el afecto, en la piedad, en el servicio, en el culto de todos los bienes y hacer salir de nuestro interior, como de un alcázar, la figura majestuosa de un hombre. Tener una patria y cuidarla y convertirla en el asilo de todos los hombres buenos del mundo. Eso es Juan, el bueno. La vida de Juan es como el rayo y la estrella.

R ó m u l o T o v a r